Mauricio Pryor Moreno. Candidato a Doctor en Derecho Internacional. Magíster en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos. Director asociado y representante legal de Defcorp. Docente de Posgrados de la Universidad Militar Nueva Granada. Correo: mauricio.pryor@gmail.com

Isabel Forero de Moreno. Magíster en La Biblioteca Universitaria en la Era de la Información. Asesora de investigaciones de la Esmic. Directora biblioteca de la Esmic. Correo: isabel.forero1933@gmail.com

Mauricio Pryor Moreno
Isabel Forero de Moreno

CAPITULO II

La sociología militar en la antigüedad clásica

Resumen

Este capítulo estudia las relaciones entre algunas sociedades del periodo clásico y sus respectivos ejércitos o instituciones militares. Dada la extensión de la etapa, se seleccionaron los principales exponentes: macedonio, ateniense, espartano, cartaginés y romano. En ellos pueden encontrarse los estadios del acervo que componen la totalidad del sistema teórico de conocimiento por el cual se rige la sociología militar. Así, queda evidenciado que en los ejércitos de las sociedades clásicas es posible rastrear los conceptos propios que dan sentido y origen al estudio de las relaciones entre la sociedad civil y militar.

Palabras clave

Antigüedad clásica; ejército; historia de la sociología militar; institución militar; sociología militar.

Introducción

El pensamiento griego ha perdurado a través de los siglos y las generaciones. Su influencia está marcada en el crecimiento y evolución de las sociedades en el mundo, gracias a los importantes aportes que para la humanidad ha legado con gran acierto. Sistemas de conocimiento como la filosofía, el derecho, la moral, la política, el arte militar y la perfección física ocuparon un lugar prestigioso en la sociedad griega. Así, muchos de estos conocimientos que fueron desarrollados racionalmente por las ciudades griegas fueron aprovechados, en adelante, por las futuras potencias mundiales. De esta manera, el aporte griego brindó una valiosa apertura al campo de la ciencia, la economía y la política, con el propósito de construir orden, bienestar y seguridad generalizados (Rey, 1961).

El pueblo griego fue uno con su estamento militar, a partir del consejo y con opiniones construidas desde el mismo seno de la comunidad en el ágora, se percibía una entrega total a la causa militar, la cual sustentaba todas las esperanzas de vida, progreso y libertad.

Así, este aparte del capítulo busca construir un análisis de la civilización griega, desde la perspectiva de la sociología militar, examinando comunidades trascendentales por su composición política, social y militar, sobresaliendo entre estas Atenas y Esparta y, a la vez, resaltando la importancia de los ejércitos griegos, sus armas, sus hombres y capacidad intelectual reflejada en la arquitectura de sus filas de combate, tácticas, estrategias, logística y uso del espionaje y la inteligencia (Homero, 2001; Hesiodo, 1999).

Atenas en la Grecia clásica

Atenas fue la principal ciudad Estado de Grecia entre los años 500 y 323 a. C.

Para el siglo VIII, antes de Cristo, la ciudad de Atenas se afianzaba como el centro político más importante en la península de Ática[2]. Esta ciudad dio sus primeros pasos como una monarquía y gradualmente fue evolucionando hacia un modelo de organización política, que posteriormente fue denominado democracia, involucrando en sus formas de gobierno más participación de ciertos niveles sociales y económicos (Moseé, 1987). Durante el siglo VII, Atenas se basó en su gran poder económico, logrando así disminuir el poder de la monarquía, convirtiéndose en

2 La península de Ática se localiza al sur de Grecia y está compuesta por las ciudades de Atenas, El Pireo, Eleusis, Megara, Laurión, Maratón y las islas de Salamina, Egina, Poros, Hidra, Spetses, Citera y Anticitera (Bravo, 2008).

un tipo de gobierno aristocrático, siendo el arcontado y el areópago[3] sus únicas instituciones (Ducoudray, 1918, pp. 71-72).

Si bien, contaba con una capacidad enorme en los campos éticos, moral y político, los atenienses sentían con gran vivacidad esa otra parte de la ciudad, su ejército. La sociedad griega contaba con ciudadanos apasionados por las artes militares y la maximización del estado físico, armas con las cuales se predisponían a enfrentar las luchas con nuevos o antiguos enemigos (Hanson, 1998). El Ejército de Atenas se caracterizaba por sus guerreros hoplitas, aunque también tenían infantería ligera y un excelente cuerpo de caballería. Sus hombres estaban predispuestos desde los 18 años hasta los 60 años, momento en el cual adquirían algo de tierra y les era permitido continuar con su vida al lado de una mujer y de sus hijos.

Un hiparco, en Atenas, era conocido como el jefe supremo en la caballería, pero aun perteneciendo este sujeto al estamento militar, su posición era designada solo por el pueblo, para comandar durante un año. Este, a la vez, se encargaba de reclutar a los jinetes y así se generaba cohesión entre sus hombres, fomentada desde la disciplina y la estructura funcional de los mandos y las órdenes.

Podría decirse que la sociología militar permite ahondar en muchas de las características desarrolladas por el pueblo griego, especialmente las campañas y guerras ejecutadas por los estamentos militares. Actualmente se puede observar, con gran claridad, que muchos de los estadios de conocimiento, propios de la sociología militar, fueron fomentados desde la antigüedad por este modelo de sociedad y que, con gran acierto, han heredado a todos los ejércitos del mundo las pautas más importantes para lograr defender sus territorios y conquistar otros nuevos (Robinson, 2006).

Problemas de moral entre las tropas, mala comunicación entre sus comandantes y muchas de sus relaciones civiles-militares ocupaban una parte de las situaciones que se desplegaban durante la guerra. El tratamiento de estos problemas también ocupaba un lugar importante entre los soldados del Ejército ateniense. Las estrategias, las armas y hasta la voluntad misma en el guerrero eran prioridades del estamento militar ateniense, quien, en la batalla de Maratón, le tocó verse cara a cara con el horror de la muerte y el afán de organizar a sus hombres según lo estructurado para dicho conflicto.

---

3 El poder político supremo recaía en el órgano colegiado denominado el arcontado, el cual estaba formado por nueve magistrados, arcontes, elegidos anualmente, quienes se distribuían el poder ejecutivo, militar, judicial y religioso. El areópago, por su parte, era el órgano más prestigioso de la aristocracia, conformado por exarcontes y tenía funciones judiciales. Desempeñaba un papel esencial en la vida política de Atenas (Hidalgo de la Vega *et al*, 2008).

Las Guerras Médicas (499-449 a. C.) unieron al pueblo griego. El intento, primero de Darío el Grande de Persia y después de su hijo Jerjes (486-465 a. C.), por conquistar a las ciudades Estado griegas, condujeron a los pueblos helénicos a unirse para hacer frente al invasor asiático (Ducoudray, 1918, pp. 76-81).

El Ágora, la reunión del pueblo ateniense en asamblea, después de amplio debate, ante la presencia del invasor persa, decidió que su ejército (mil hoplitas por cada una de las diez tribus, al mando de un Merarca y los mil de apoyo recibidos de Platea, todos al mando de un polemarca) se desplazara hacia Maratón, mientras el resto de los atenienses se preparaban para defender la ciudad en caso de una derrota al ejército. Este hecho es la expresión sublime de la confianza de la sociedad puesta en su ejército, en la antigüedad.

Para la batalla, el liderazgo de Milciades se mostró particularmente necesario para vencer en Maratón. Es una lástima que tan fiel servidor de Atenas haya sido condenado después a prisión por la misma ciudad que una vez él salvó (Jorgensen, 2009, pp. 10-15).

A esta tragedia se puede sumar la de Temístocles, quien después de ser el artífice de la victoria naval de Mícala (479 a. C.) sobre la Flota Persa, fue condenado después de la guerra al ostracismo, viéndose obligado a finalizar sus días al servicio de los persas que un día él había combatido (Pérez Jiménez, 2013).

En Atenas, en particular, y en las ciudades Estado del Ática, en general, con la creación de la falange de hoplitas (organizada por argivos en el 670 a. C.) se afirmaron el orden paralelo para la batalla, la disciplina, la formación perfecta y el cumplimiento estricto de las órdenes y voces de mando. En armas, el escudo, la espada y la lanza, unidos a los complementos de protección personal como el casco y la coraza, hicieron de esta organización, la falange, un arma casi invencible. Sin duda, la cultura helénica alcanzó en su Ejército la expresión máxima de la disciplina, apoyada en la moral alta y en la perfección física; en la fe en la causa, sustentada en la libertad de una cultura superior; y en el *areté* o exaltación práctica del valor como virtud.

El arma característica del griego fue su enorme escudo de bronce, el *hoplón*[4]. Gracias a tan formidable herramienta, cuando se habla de un soldado griego se habla de un hoplita. Pero los desarrollos griegos no comienzan o terminan con

4 El hoplón tenía por lo general forma circular, aproximadamente entre 90 y 110 cm de diámetro y estaba formado por un gran cuenco y un borde muy reforzado, casi plano. Se componía de láminas de madera encoladas entre sí. El interior se forraba de cuero fino, llevaba una abrazadera de bronce en el centro, que iba remachada, y una correa de cuero en el borde. El exterior del escudo podía ir cubierto de una lámina de bronce o pintado y decorado. Llegaba a pesar entre 6 y 8 kg (Nicolle, 2002).

el *hoplón*. Armas tan extraordinarias como la lanza, el arco corto, la honda y la catapulta, entre otras, abren la antesala para mencionar la falange, formación de combate habitual entre los griegos (Cau, s.f., p. 25) y sobre cuyo origen se han abierto infinidad de teorías que apuntan a un momento espontaneo de la guerra, a la vez, se cree que fue desarrollada mediante un proceso evolutivo de cambios significativos y, finalmente, se dice que guarda relación con las competencias atléticas. Gran parte de la fortaleza de los griegos y de la efectividad de sus armas, movimientos y estrategias tenía que ver con la capacidad de análisis que ellos hacían de cada situación, la paciencia y serenidad con la cual examinaban cada detalle dentro de sus ejércitos y la forma como sus movimientos iban a conquistar la victoria. La enseñanza de la filosofía, particularmente la lógica, podría considerarse como una de las mayores fortalezas de sus líderes militares, aporte considerable para la sociología militar de cualquier tiempo (Boak y Anderson, 1944, p. 87).

Esparta

Fundada en el siglo IX a. C. Nueva dinastía en el 666 a. C.

El surgimiento de Esparta se dio a partir de la invasión de los pueblos Dorios a la península del Peloponeso, su dominio era ampliamente reconocido en la zona de Laconia, ellos sometieron y explotaron las poblaciones durante varios siglos. Los espartanos conquistaban nuevos territorios a medida que su necesidad así lo dictaba, pero un día sintieron la imperiosa obligación de crear una política totalmente militarista, por aquello de dominar a tantas poblaciones conquistadas (Jones, 1994). En el siglo VI, antes de Cristo, fue cuando la sociedad espartana se consideró altamente especializada en la guerra, su forma de vida fue marcada por la preparación física para la guerra. Aun los niños al nacer eran inspeccionados por un consejo de ancianos, quienes determinaban si eran aptos o no para pertenecer al glorioso Ejército de su pueblo: el Ejército espartano (Fornis, 2003). Los demás, se cree, eran sacrificados.

A partir de los 7 años, el Estado designaba un tipo único de preparación para estos niños, haciéndoles la vida dura y enfrentándolos a las penurias del frío, el hambre y sus más profundos temores; aquellas constantes privaciones físicas a las que eran sometidos, designaban un filtro por medio del cual se separaban los que serían los hombres más fuertes (Ducoudray, 1918, pp. 68-69).

A los 20 años de edad ingresaban al Ejército de forma permanente, manteniéndose alojados en los cuarteles hasta los 30 años. A pesar de que los hombres estuvieran en el ejército, muchos de ellos podían formar sus familias, por eso las mujeres jugaron un papel fundamental en la parte política y social de su ciudad. Siendo honestos, se reconoce que esta extrema preparación física y mental de los hombres en Esparta logró que, por muchos años, su Ejército no tuviera rival alguno sobre la tierra. Además de su excelente entrenamiento, contaban con algo fundamental como lo era su disciplina y las diferentes tácticas, las cuales los conducían a las victorias, aun sobre enemigos más numerosos. En las extensas batallas, los guerreros espartanos permanecían gran cantidad de tiempo ausente de su comunidad, por lo que las mujeres jugaban un papel determinante en el funcionamiento político de la ciudad, junto a los ancianos del Concejo. La economía, la cultura, la política y sus relaciones extranjeras, así como el cuidado de los hogares y la preparación de los menores, eran tareas propias que las mujeres solían desempeñar, debido a la ausencia de los hombres, quienes, tras dar fin a un conflicto, iniciaban uno nuevo en diferentes tierras.

Un elemento fundamental de diferencia entre el Ejército ateniense y el Ejército espartano puede enfocarse con claridad a partir de la sociología militar, en la conformación misma de las sociedades y sus organizaciones militares. Mientras la sociedad de Atenas, sin dejar de mencionar su importancia en las políticas guerreristas, tenía más dirección hacia los problemas políticos y sociales, aprovechando también su preciado nivel económico, los espartanos nacieron de las invasiones mismas. Este fue el motivo por el cual los espartanos se encaminaron hacia una política militarista, perfeccionando en lo más sublime y desde cada uno de sus hombres, a la totalidad del Ejército más temido sobre la tierra en ese entonces. La cantidad de los pueblos sometidos a sus órdenes gestaba en su interior la necesidad de mantener el orden, la autoridad y el dominio total sobre cada uno de ellos (Ducoudray, 1918, p. 73).

Una sociedad totalmente hecha para la guerra, un gran ejemplo de disciplina, templanza y voluntad, que, junto a las diferentes tácticas, estrategias y formaciones, dieron origen a los ejércitos sistemáticos en el Viejo Mundo. Un modelo permanente constituido en forma de vida, donde la comunidad estaba dada para la conformación de su Ejército y este para la conquista de las tierras, el orden, la vida, la libertad y el reconocimiento y respeto de las demás comunidades aledañas. Situaciones mismas que acaecen en el seno de la sociología militar, sistema teórico de conocimiento, el cual permite, de forma concisa, percibir la realidad de los antepasados en momentos de armas, al igual que en momentos de paz.

El servicio militar

> El acto de reclutar procede de los más lejanos tiempos, desde que fue necesario buscar fuentes propias y permanentes para tener soldados. Así, podríamos dar un vistazo a la historia y hallaremos desde las épocas más remotas la práctica del reclutamiento. De la legendaria Roma sabemos que todo hombre útil perteneció al Ejército. Más adelante, aquellos que se dedicaban a la profesión militar luego de ser licenciados por haber terminado la necesidad de sus servicios en su patria, partían a otro país y allí se contrataban para luchar por él. Fueron los emperadores romanos los que impulsaron la formación de cuerpos mercenarios. En la Edad Media se practicó en otra forma el reclutamiento, cuando los señores feudales organizaron fuerzas con los campesinos que cultivaban sus tierras, para responder a las exigencias del Rey, que requería hombres para su defensa. El mayor alistamiento militar que se conoce en la historia, y en donde apareció el primer recluta legítimo, ocurrió durante las Cruzadas. El individuo acudía voluntariamente a tomar las armas para participar en una expedición militar, se inscribía en lugares previamente fijados que no eran cuarteles, reconocía una autoridad y al término de su campaña volvía a sus obligaciones ordinarias (Dirección de Reclutamiento, 2010, p. 324).

Es así como la idea de ejército, y pertenecer a él en las ciudades griegas, era una forma de vida, un ideal que solo mediante la fortaleza física y preparación ardua, dada desde el sufrimiento, podía alcanzarse (Bardi, 1998). Desde el nacimiento, los soldados eran seleccionados por los ancianos del Concejo, diferentes características lograban transformar el destino de los hombres y, con ellos, el destino de los pueblos. A partir de los 7 años, el Estado se ocupaba de su educación, profundizando en los métodos de disciplina y voluntad, sobre intereses o cualquier sensación de bien posible. La penuria y el dolor se transforman así en signo de grandeza, para elegir solo a los más fuertes. Solo hasta los 20 años podían ingresar al Ejército y permanecían en completa disposición hasta los 60, cuando terminaban completamente su papel como soldados.

Si bien, el pertenecer por gloria o por pasión al Ejército era una de las constantes más importantes dentro la cultura griega, el momento de igual manera así lo exigía. En épocas de conquistas lo elemental era una defensa que garantizara y sostuviera la independencia y la libertad de los ciudadanos. El Estado griego cultivó desde la moral, la ética y la filosofía, la fundamentación de los ejércitos en el mundo, para proteger las ciudades. El servicio militar era visto como el gran honor, donde aparte de todo se trabajaba y esmeraba por encontrar un lugar en él y poder desempeñar la gloria de los dioses, defendiendo el principio del altruismo.

De esta manera, por muy brutal y extremo que solía ser la preparación en el servicio militar de los ejércitos en la antigua Grecia, sus hombres estaban listos, ya desde su nacimiento, para recibir tan preciada labor y aceptarla como una realidad tangible y deseada para sí. La disciplina y el valor, la constancia y fortaleza eran conceptos impregnados en su cultura, ellos crecían con esos principios y encaminaban sus existencias hacia ellos. Esta forma de vida era la más agradable para los dioses y generaba respeto y posición dentro de la comunidad.

Se reconoce, desde la sociología militar, un gran aporte, especialmente a la hora de analizar y reconocer varios elementos importantes de la cultura militar griega, que parten desde las conductas mismas de los hombres hacia una tendencia de pensamiento o realidad de vida, tal cual lo significaba el estamento militar para ellos. El estudio de grupos sociales civiles en busca de aceptación o participación en grupos sociales armados, genera un gran interés para una futura investigación. Lo que sí es claro, en este momento, es que la sociología militar es la encargada de elaborar dichos análisis, al partir desde orden mismo de sus principios e intentar responder a una gran cantidad de incógnitas y desaciertos que en la actualidad se reflejan en el común de las sociedades y sus ejércitos.

La campaña de Alejandro Magno, 336 a. C. hasta 323 a. C.

> …muy lejos en un remoto país de Occidente, una muchacha se acercaba, temblando, a las encinas de un antiguo santuario con el fin de solicitar una bendición para el hijo que sentía moverse por primera vez en su seno. El nombre de la muchacha era Olimpia. El nombre del niño lo reveló el viento que soplaba impetuoso entre las ramas milenarias y agitaba las hojas muertas a los pies de los gigantescos troncos. El nombre era: Aléxandros. (Manfredi, 1999, p. 14).

Sobre el papel, la gran campaña conquistadora de Alejandro el Grande consolidó el surgimiento de los estamentos militares en el mundo (Navarro, 2013). Los ejércitos representarían para los continentes la constante de muchas batallas libradas por la expansión sobre las tierras, en pro de subsistencia o poder. De la variedad de estos conflictos fueron evolucionando ante todo las armas, una nueva generación de livianas, pero efectivas espadas, lanzas, hachas, arcos entre otras armas rápidas, soportaban la fuerza de asalto más ágil de todas. Los comandantes, fieles a Alejandro, dirigían a sus hombres que, con gran obediencia, componían en su conjunto el más sólido grupo, difícil de vencer para cualquier adversario.

Posterior a la muerte de su padre Filipo II, Alejandro se encargó de ejecutar las campañas planeadas por su padre muerto, logrando con sorpresa un éxito aún mayor, que lo llevó más lejos de lo que jamás imaginó (Manfredi, 1999). Sus grandes aportes a las estructuras militares evolucionaron los ejércitos en la tierra, contando con elementos importantes como la planeación, la táctica, la estrategia, la inteligencia militar, el espionaje, los cuales cambiarían definitivamente el rumbo de los ejércitos y los pueblos en el mundo.

Alejandro fue un gran visionario, construyó su gran imperio, dando prueba física del poder que los ejércitos tenían sobre los pueblos, la forma como generaban progreso y la manera como se lograba un gran poder desde el orden y la disciplina en las armas (Bosworth, 2001). Fomentó también el pensamiento sicológico en sus hombres, para estar al tanto de la moral de sus tropas y el estado mental al cual podían llegar sus líneas. Al igual que los espartanos, los macedonios eran pioneros en la organización militar y el reclutamiento seguía siendo prematuro, así como su exigencia física extrema. Mostraron al mundo, en la batalla contra el imperio persa, lo que denominaron como la gran falange, con un total de 32.769 hombres.

> Alejandro Magno es considerado como el creador de las ciencias militares básicas, entre las cuales se pueden citar la inteligencia militar, la táctica, la estrategia y la logística. Cerca de Gordio, en el Asia Menor, estableció una gran base de operaciones en donde se concentraron la mayor parte de los recursos que debían fluir en forma permanente para sostener la campaña. De la misma manera, constituyó redes de informantes que lo mantenían al tanto de todas las actividades de las tropas enemigas, lo cual le permitía planear con suficiente anticipación y desarrollar en forma eficiente las acciones de armas. Además de la muy esmerada preparación militar que habían recibido Alejandro y las tropas griegas, este es considerado como un verdadero creador tanto en el campo táctico como estratégico. (Hernández, 2009).

Sin duda alguna, es de los personajes más representativos del mundo militar, gracias a sus logros y aportes que, aún hoy, son aplicados en muchos de los estados de los diferentes continentes. Materia de estudio obviamente de la sociología militar en la intensión expresada a la hora de educar los futuros oficiales del país. Honor, lealtad, valor, siguen siendo la consigna, junto al conocimiento y la investigación que promueva el crecimiento de la sociología militar en Colombia.

Honores ofrecidos a los héroes

Uno de los rasgos más importantes para el soldado griego era conquistar lo que denominaban la bella muerte. Esta consistía en aceptar un destino heroico, renunciando a la plenitud de su existencia, para aceptar una muerte ejemplar para su pueblo, a favor de los dioses. Existía una resignación que designa una vida corta, frente a la inmortalidad de su nombre a través del tiempo.

> La heroicidad (una vida corta, acciones gloriosas y una bella muerte), adquiere sentido al ser el héroe digno de ensalzamiento y retrato a través de cantos, que reflejan un sistema de valores vivos dentro de una comunidad y tienen una función educativa. (Vernant, 2009).

Aun hasta la muerte, era para los griegos un hecho de lo más cultural, dar cumplimiento al mandato de los dioses, relegaba al héroe a un mundo nuevo lleno de bienestar, al lado de los más grandes en el *Hades*[5]. La negación de la humanidad del oponente, comprendía la finalidad última en las labores objetivas del guerrero, labor que finalizaba al observar cómo el cuerpo de su oponente era incinerado en los valles, al lado de sus familiares y amigos. No respetar la voluntad de los dioses para con los muertos, era prenda de ofensas y desastres que el pueblo asumía como los más reales, debido a sus sistemas de creencias.

La exterioridad del héroe es fundamental en esa afirmación a través de los ojos ajenos. El cadáver, antes de ser entregado a los ritos funerarios, debe conservar su incorruptibilidad, su belleza y su gloria. El enfrentamiento entre el héroe y su enemigo debe ser radical. No es suficiente haber ganado, hay que anular al oponente, negarle su propia humanidad reduciendo su cadáver a nada.

Al privar al otro de una bella muerte, lo despoja, asimismo, de todo rastro de gloria que su muerte podría haberle traído. Para que el nombre del héroe pueda ser reconocido por generaciones futuras, necesita que su cadáver

> …haya recibido su tributo de honores, el géras thánonton, que no se haya privado de la timé que le corresponde y que le hará penetrar hasta el fondo de la muerte y acceder a un estado nuevo, al estatuto social de difunto, tomándosele, sin embargo, como representante de los valores de vida, juventud y belleza que el cuerpo encarna y que en él se han visto consagrados por la muerte heroica. (Vernant, 2009).

5 En la mitología griega, *Hades* alude tanto al inframundo griego, como al Dios de éste (Guirand, 1959).

Si bien la conformación de los ejércitos en Grecia era de vital importancia, como lo solían ser, a la vez, el cuidado de los ciudadanos y la selección de los mismos para integrarlos posteriormente a las filas, la muerte también representaba un papel primordial dentro de la cultura guerrerista de los griegos. En su homenaje o celebración, se concluían la totalidad de los ciclos que según Heráclito debían complementarse, dando con ello prioridad a sus creencias religiosas y de culto, donde la concepción era estar al lado de los dioses, recibir el beneficio por suprimir su existencia en plena flor de la vida y reservarla para lo más meritorio en el *Hades*, gozando a la vez de un reconocimiento infinito que ni el paso del tiempo podría sacar de las memorias selectas de la humanidad.

Hasta aquí, el acercamiento hecho a la civilización griega desde la perspectiva de la sociología militar como disciplina especializada en analizar el fenómeno militar. Con gratitud se reconoce en la cultura de estos guerreros, la importancia de la comunicación entre los hombres en un ejército, las relaciones desarrolladas ejemplarmente con los ciudadanos de su pueblo y el dominio que puede hacerse de la violencia mortífera. El pueblo griego hereda, de antemano, los más sinceros principios con los que miles de años después desarrollarían la rama independiente de la sociología, tendiente a la investigación de los fenómenos de los ejércitos en campaña o en momentos de reconocimiento con su comunidad (Bermúdez, 2007).

Toda la existencia de la civilización griega puede verse reflejada, hasta hoy en día, en la mayor parte de los modelos funcionales en los diferentes estados del mundo, su aporte intelectual, militar y político, marcaría lo que sería en adelante el nacimiento de las grandes civilizaciones, forjadas a pulso por la disciplina y recia voluntad de sus soldados, los cuales defendieron siempre los intereses comunes de su pueblo, suprimiendo ante todo los intereses individuales, esto se puede ver reflejado en los logros y aciertos que la comunidad, como grupo cohesionado, sacó adelante en frente de brutales y odiosos imperios, dirigidos a su vez por los más sangrientos comandantes, llenos completamente de una necesidad imperiosa por derramar sangre y urgidos por una inevitable sed de poder.

La sociología militar en la ciudad Estado de Cartago, 825-820 a. C. hasta 146 a. C.

Cuando comenzó la primera Guerra Púnica (264-241 a. C.), Cartago controlaba totalmente la Costa Norte de África. Al principio, el núcleo de los ejércitos cartagineses estuvo constituido por ciudadanos armados, respaldados por

levas realizadas en los aliados tributarios y por mercenarios extranjeros (Mira Guardiola, 2000). Luego, los mercenarios llegarían a ser la base de estos ejércitos. Era un Ejército con una mezcla heterogénea de razas, con las fuerzas cartaginesas, que logró su mayor momento de gloria durante la Segunda Guerra Púnica, bajo el mando del célebre Aníbal, quien infligió varias derrotas al Ejército romano, gracias a un ingenio militar como pocos (Blázquez, 2000). Sin embargo, el astuto táctico cartaginés vería su fin con la derrota en los campos de Zama, en el 202 a. C. (Cau, s.f., p. 38).

El enfrentamiento entre las fuerzas cartagineses y las fuerzas romanas marcó el comienzo del control romano sobre la totalidad del mundo mediterráneo. Esto, debido a que el decaimiento del hasta entonces poder dominante. Cartago va a ser relevado por las adaptables fuerzas romanas (Kinder y Hilgemann, 1985).

Durante la apertura de la guerra, Cartago tenía una armada poderosa, mientras que Roma era débil en el mar. Al mismo tiempo, Roma había construido un Ejército veterano de soldados ciudadanos respaldados por sus aliados, mientras que "… Cartago tenía que depender de tropas contratadas en tierras extranjeras" (Boak y Anderson, 1944, p. 116). Esta diferencia se mostraría importante, por la diferencia de costos, al afectar los recursos necesarios para mantener un conflicto bélico durante un tiempo prolongado.

Mientras que los ejércitos romanos contaban con un sólido apoyo social y político, los ejércitos cartagineses al final decayeron, incapaces de hacer frente a la poderosa estructura logística de los romanos.

Pronto, los romanos se adaptaron y encontraron

> … necesario construir una flota para enfrentar a su enemigo… Cartago, exhausta y en bancarrota, renunció a su posesión siciliana a favor de Roma, que pronto después, demandó y recibió Cerdeña y Córcega también. Los cartagineses no reconstruyeron su enorme flota, sino que dejaron a Roma el comando de los mares al occidente del Adriático. (Boak y Anderson 1944, p. 116).

Este episodio muestra el escaso apoyo por parte de las instituciones de Cartago frente al necesario esfuerzo bélico. Esta característica será repetida durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.) (Blázquez, 2000).

La Segunda Guerra Púnica emergió gracias a la aparición del genio militar de Aníbal Barca (247-183 a. C.) quien heredó la rivalidad contra Roma de su padre Amílcar, quien había iniciado la colonización cartaginesa de España, "… lo cual ponía en peligro los intereses de los aliados romanos fuera de Italia" (Boak y Anderson, 1944, p. 116).

Como los romanos controlaban el mar, el genio cartaginés se embarcó en una campaña terrestre que duraría más de trece años combatiendo en suelo romano y obteniendo varias victorias sobre ejércitos más grandes y sin sufrir derrota alguna.

Después de tan larga campaña, Aníbal solicitó apoyo a Cartago para poder darle fin a la guerra en forma victoriosa. Pero el Senado contestó: "Aníbal nos pide tropas. Si él resulta victorioso no las necesita, si resulta derrotado, no las merece" (Ducoudray, 1918, p. 143). Semejante respuesta, mostró la apatía de la política cartaginesa hacia los asuntos de la guerra y constituirá la razón de su destrucción.

El episodio final de la Segunda Guerra Púnica vino con la acción de Escipión el Africano, quien llevó un poderoso ejército preparado para atacar a Cartago y admiró el genio militar de Aníbal. Viendo el peligro, en el año 201 a. C., Aníbal fue llamado a defender la ciudad y gracias a la debilidad de su fuerza, fue superado finalmente en los campos de Zama. (McNab, 2010, p. 67-68).

El drama cartaginés se cerró con la Tercera Guerra Púnica (149-146 a. C.). En esta, una débil ciudad de Cartago, abatida e indefensa gracias a los tratados impuestos por Roma y a la ceguera de sus propios políticos, enfrentó la convocatoria que en el Senado Romano realizó Catón, cuando pronunció: *delenda est Cartago,* hay que destruir a Cartago. Los romanos, aun odiando a su antiguo enemigo, encontraron en la historia un pretexto a la medida para capturarla y, finalmente, destruirla. (McNab, 2010, p. 68-71)

Vale resaltar de la historia de Cartago, la aún más triste historia de Aníbal, quien después de haber servido fielmente a su ciudad por toda su vida, fue abandonado por cartagineses y perseguido durante el resto de su vida hasta llegar a Turquía, donde, traicionado, decidió suicidarse. Pero este periplo, comenzó cuando Aníbal, tras la derrota de Zama, entró en una vida política que restauró el poder del Estado en Cartago. Sin embargo, el valor de su figura resultó tan peligroso para los políticos cartagineses que le acusaron de haber traicionado a su ciudad por no haber tomado Roma cuando tuvo oportunidad (Álvarez, 2007).

Para resumir, y a manera de aproximación al objetivo de esta obra de sociología militar, se puede afirmar: en Cartago, la costumbre se convirtió en norma y sin existir un acuerdo tácito, la sociedad, por su prosperidad comercial, evolucionó hacia la definición de roles en sus grupos componentes. Es así como unas familias, a manera de dinastías, se dedicaron a la política, otras, al comercio y otras a la milicia, funciones que con los años pasaban de padres a hijos como una tradición. En el caso de los militares, esta condición fue más evidente y los Barca

asumieron la función y los deberes militares para defender el poderío cartaginés, en un comienzo en el mar y luego en tierra firme.

Imperio romano, siglo II a. C. hasta el siglo V d. C.

La imagen del legionario romano, el cual fue base histórica de los ejércitos que construyeron el Imperio, es tan familiar hoy en día como lo fue para los ciudadanos -y enemigos- del vasto Imperio romano hace dos mil años. Sin embargo, hay que superar los estereotipos que se encuentran en la cultura popular, gracias al cine, para entender al Ejército romano. Esta formidable máquina de guerra tuvo su origen en los primitivos ciudadanos armados de la monarquía y república temprana, que con el paso de los siglos se organizaron, para así poder proceder a componer las legiones imperiales que cruzaron y unificaron la mayor parte del mundo conocido, marcando su historia desde la altura de sus gloriosas batallas, en el periodo de expansión, hasta las vergonzosas derrotas infligidas sobre el Ejército romano tardío, por los godos, los vándalos y los hunos, que condujeron a la desaparición del Imperio (Goldsworthy, 2005).

La complejidad de la historia romana, dada su extensión, hace necesaria la división del estudio del Ejército romano en cuatro épocas muy marcadas:

- El Ejército romano temprano, 753- 321 a. C.
- El Ejército republicano tardío, 321-27 a. C.
- El Ejército imperial temprano, 27ª. C.-200 d. C.
- El Ejército imperial tardío, 200-696 d. C.

El Ejército romano tuvo cambios a través de los siglos y fue liderado por hombres de talento (si bien fue mayor en unos que otros) quienes guiaron a estos soldados en batalla, incluyendo episodios gloriosos, para Roma o para sus adversarios, como: Cannas (216 a. C.), Farsalia (48 a. C.) y Adrianópolis (9 de agosto de 378 d. C.).

El Ejército romano temprano, 753-321 a. C.

El modelo o prototipo del legionario romano que se tiene hoy día (a menudo visto en la televisión y en el cine) es en realidad el producto de casi un milenio de desarrollo militar. Mucho tiempo atrás, en la Edad de Bronce, antes de que la

ciudad de Roma existiera, había un conjunto disperso de aldeas independientes que eventualmente formaron una ciudad. A partir de esta base, los primeros guerreros romanos lanzaron robos de ganado y emboscadas en contra de sus enemigos. En algún momento, durante este tiempo, los romanos iniciaron un período de expansión, conquista de la tierra y absorción de pueblos. Pronto, adoptaron los métodos clásicos griegos de combate con milicias formadas en falanges. Este fue el comienzo de una evolución desde los primeros guerreros romanos hasta configurar su desarrollo en un Ejército que finalmente conquistaría el mundo conocido.

Los primeros romanos eran solo uno de un número de pueblos que habitaron Italia central, durante la era del hierro (Bohec, 2004). Desde el siglo VIII a. C. hasta el siglo III a. C., los romanos realizaron una expansión territorial y entraron en conflicto con las tribus vecinas, al punto de involucrarse en una guerra abierta, cuyo principal enemigo de tal periodo fueron los Samnitas. No obstante, se realizaron alianzas, la expansión de Roma fue imparable.

A los descendientes directos de esas treinta *curiæ* se les llamó patricios que, en los comienzos, fueron responsables del Gobierno y de comandar al Ejército (entiéndase primera organización armada). El patricio fue en el principio el padre de familia. Además de poseer la tierra y otras propiedades, el encargado de designar al miembro de la familia (varón) que debía acudir al Ejército y sostenerlo allí, asumiendo su paga y su dotación o impedimenta. No era posible un varón en el Ejército si no tenía propiedad y no ostentaba la condición de ciudadano romano. A la vez, los inmigrados a Roma no podían tener propiedades y, por lo tanto, no podían ir al ejército. A ellos se les llamó plebeyos. Con el paso de los años, esta condición y las relaciones de patricios y plebeyos fue evolucionando hasta lograr el ingreso de los plebeyos a la organización militar, en la que fueron escalando posiciones, hasta consolidarse en esta. Desde los tiempos de Camilo, las legiones eran mandadas por dos cónsules: uno patricio y el otro plebeyo, práctica que se aplicó en el mando de todo el ejército.

"Cada tribu parece haber sido comandada por un *tribunes militum* y haber contribuido con 1000 hombres (es decir, 100 de cada curia) para una fuerza militar romana" (McNab, 2010, p. 16). De allí que se pueda especular deductivamente que la palabra *miles* (que significa soldado en latín y de donde viene la actual palabra militar) provenga del número de enviados por cada tribu a la fuerza militar romana.

> Con los asuntos de Roma limitados a la propia Roma, por así decirlo, sus guerras parecen haber sido organizadas en torno al asalto, emboscada y robo de ganado, con, tal vez, batalla campal ocasional entre los ejércitos. Las tres primeras no son verdaderas formas de guerra, donde el objetivo sea la destrucción total del enemigo. Las batallas campales se libraron por poco más que bandas de guerra formadas por un aristócrata guerrero, sus parientes, amigos y clientes, al igual que la reunión del clan de los Fabios, con sus trescientos y seis miembros del clan y compañeros (Livio), quienes marcharon orgullosos a la batalla contra Veyes, el vecino etrusco de Roma, apenas cruzando el Tíber… No podemos decir el tamaño y equipo de tales fuerzas con seguridad de la evidencia disponible para nosotros, pero es poco probable que sus números fueran grandes. (Fields, 2011, p. 20).

El tamaño de este tipo de acciones sugiere un grado elevado de lealtad hacia el líder que los convocaba a la batalla. Soldados inspirados por el contacto personal y por el tamaño mayor del botín que acompañaba a estas aventuras. Además, esto implicaba causar un mayor efecto, sin involucrarse, por lo general en batallas abiertas que podrían significar mayor riesgo para los hombres.

Así, el saqueo y el asalto era la principal forma de guerra romana al comienzo de su historia. Era más enfrentamiento de clanes que guerra propiamente dicha. Roma enfrentaba pueblos con capacidades similares en los lugares vecinos al asentamiento del Tíber, río que desde su nacimiento fue el alma de Roma.

De hecho, la historia romana pre-republicana fue monárquica, donde los reyes romanos se involucraban en una empresa bélica que les permitiera promover su liderazgo en Roma misma. Tanto que todos "los reyes (excepto Tarquino el Soberbio) incrementaron la medida, tanto en área y población de Roma" (Fields, 2011, p. 25).

Este periodo implicó una forma de integración o asimilación al dominio romano para las ciudades y pueblos integrados o asimilados. "La membrecía romana no era simplemente un status que uno poseía o no poseía. Era un agregado de derechos, deberes y honores, los cuales podían ser adquiridos separadamente y conferidos por cuotas" (Fields, 2011, p. 25).

Dependiendo de qué tan cercana fuera la población de un asentamiento conquistado, se podía conferir un grado distinto de asociación, incluso cercano a la ciudadanía, pero esto implicaba ser responsable de prestar un servicio militar a Roma.

Esta capacidad romana de asimilar diversos pueblos a su aparato militar, le permitió a Roma involucrarse, continuamente, en campañas militares y constituiría un elemento esencial de su maquinaria de guerra. Las "…fieras bandas de asaltantes y sus heroicos jefes fueron remplazados por una amplia leva de todos

aquellos adultos masculinos quienes podían proveerse a sí mismos con el apropiado ajuar de guerra con el cual pelear" (Fields, 2011, p. 26).

Un elemento sociológico militar central en la nueva organización del Ejército romano, que nació con el final de la monarquía y el principio de la República Romana, fue el vínculo que se estableció para el orden de batalla de las fuerzas romanas con el nivel social económico de los miembros de estas líneas de batalla. En primer lugar, la idea de crear un gran Ejército de ciudadanos, en lugar de seguir recurriendo a grupos pequeños. El reorganizador social y militar de Roma fue el rey Serbio Tulio, sexto rey de Roma, quien reinó del 579 al 534 a. C. "Su primera consideración fue la creación de un Ejército de ciudadanos, y el punto más importante fue inducir a los ciudadanos a armarse ellos mismos adecuadamente…" (Fields, 2011, p. 29).

En segundo lugar, para hacer viable este Ejército de ciudadanos armados de su propio peculio, era necesario dividirlo de acuerdo con sus posibilidades económicas. "Así, un censo de todos los ciudadanos masculinos adultos registró el valor de su propiedad y los dividió de acuerdo a cinco clases económicas" (Fields, 2011, p. 29). La clase más adinerada y, por ende, mejor equipada, ocupaba la primera línea de batalla. Esta era seguida por la segunda y tercera clases, destinadas a mantener el empuje de la primera línea y cuyo equipo no era tan eficiente como en la primera clase. La cuarta y quinta clases, menos provistas que las anteriores, eran más adecuadas y usadas para apoyar a distancia o para hostigar al enemigo.

Toda la sociedad romana se dividió en estas clases y una sexta clase, los *proletarii*, que no contaban con propiedad suficiente para ser contados en la quinta clase. No se les cobraba impuesto alguno, no estaban obligados a prestar servicio militar, pero tampoco tenían derechos políticos.

Finalmente, cambiar de partidas pequeñas de asalto a ejércitos de mayores dimensiones, implicó asumir la falange como forma de lucha, que como se acaba de señalar, era encabezada por una primera línea de batalla, de hombres armados a la usanza griega (hoplitas). Sea que la táctica fuese heredada de los etruscos o de los griegos, lo relevante era la necesidad de enormes masas humanas. Así, la "…forma de guerra romana había cambiado de una aglomeración de numerosos combates individuales para llegar a ser una adaptación de la guerra hoplita y la ideología hoplita de la batalla decisiva… El individualismo había cedido al colectivismo, movilidad cambió por protección" (Fields, 2011, p. 26).

Cada clase se dividió, a su vez, por centenar o centuria. De allí que, durante el gobierno de Serbio Tulio, el órgano político por excelencia en Roma fue la *comitia centuriata*. Reunión de todas las centurias, con capacidad para hacer la

paz o declarar la guerra. Este Congreso se realizaba en los Campos de Marte (Campus Martius).

El momento culminante del periodo republicano se dio con la Batalla de las Horcas Caudinas (Forculæ Caudinæ) en el año 321 a. C. Apenas unos años antes se había realizado una reforma en el Ejército romano, tendiente a lograr una formación más flexible: la legión manipular.

En las Horcas Caudinas (321 a. C.), el Ejército romano sufrió una derrota humillante ante el Ejército samnita. Pero la causa de este fracaso inicial de la formación manipular, no fue la organización del ejército, tanto como la dificultad del terreno, que fue muy bien aprovechado por los samnitas. Después de la Batalla, los samnitas obligaron a los sobrevivientes a caminar bajo el yugo. "Un símbolo de derrota muy itálico, esto era un marco hecho con dos lanzas clavadas en tierra, con una tercera atada a través, horizontalmente, a una altura que compelía a los soldados romanos, quienes estaban desarmados y vestidos solo con sus túnicas, a agacharse debajo…" (Fields, 2011, p. 56) para cruzarlo.

El Ejército republicano tardío, 327-27 a. C.

El segundo periodo de la historia del Ejército romano es un momento crítico para la proyección del poder romano. Es el momento en que Roma deja de ser un poder regional para lanzarse a la construcción de un imperio mundial. En esta tarea, el Ejército cumplirá un rol esencial. Pero antes, tuvo un cambio importante en su estructura.

Poco antes del fiasco de la Batalla de las Horcas Caudinas, la formación táctica adoptada por el Ejército romano sufrió un cambio radical. Se cambió la falange por el método de la legión manipular, que, no obstante, aunque era en términos tácticos más flexible que la falange, mantuvo varios aspectos de la falange hoplita. "Así, el Ejército romano de los siguientes 200 años permaneció como una milicia provisional y el censo relacionó a aquellos ciudadanos con suficiente propiedad para hacerlos elegibles para servir al Estado" (McNab, 2010, p. 30).

El desarrollo de la legión manipular, tal como lo menciona Fields (2012), es "…asociado tradicionalmente con el nombre Marcus Furius Camilus, un héroe nacional acreditado por salvar a Roma de los Galos y conmemorado como un segundo fundador de Roma. Las así llamadas reformas camilianas del Ejército se dividen en tres lineamientos:

1. La introducción de un pago diario, el *stipendium*, para los soldados ciudadanos;
2. La modificación del equipo bélico con la adopción del *scutum* en lugar del *clipeus* como el escudo estándar, al tiempo que el *pilum* fue substituido por el *hasta*;
3. La abolición de la falange hoplita, la cual fue remplazada por la legión manipular, dos en números, cada una de 3000 legionarios y cada una comandada por un cónsul." (Fields, 2012, p. 11).

Introducidas las reformas del sistema manipular, la legión fue dividida en distintas líneas de batalla. Cada una estaba compuesta por subunidades tácticas llamadas manípulos. A pesar de que sigue siendo una milicia ciudadana, se reclutó a particulares que suministraban su propio menaje de guerra. La importancia de las reformas camilianas se percibe en que la legión manipular fue la que enfrentó a Pirroy sus elefantes, a los galos y a su larga espada, a Aníbal y su genio táctico y a los macedonios y sus picas, por nombrar solo algunos de sus formidables oponentes.

> Originalmente, el término *legio* (legión) significó leva, y obviamente se refería a toda la fuerza ciudadana levantada por Roma en un año. Sin embargo, como el número de ciudadanos enrolados en el servicio militar aumentó, la legión se convirtió en la más importante subdivisión del Ejército. En el siglo III a. C., la legión consistía de cinco elementos – llamados la infantería pesada *hastate* ('lanceros'), príncipes ('principales') y los *triarii* ('hombres de tercer rango'), la infantería ligera *velites*, y la caballería *equites*… (McNab, 2010, p. 30).

Así las cosas, el crecimiento de la población de Roma y las necesidades del servicio condujeron a que en el periodo republicano y hasta la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.), fuese necesario llevar dos ejércitos consulares, uno para cada cónsul. Cada Ejército consular contaba con dos legiones. Y, acompañando cada legión romana había "…soldados provistos por los aliados latinos e italianos de Roma, los *socii*. La unidad principal era el *Ala*, que desplegaba el mismo tipo y número de infantería que la Legión Romana. Para el tiempo de Aníbal, si no antes, en un Ejército consular estándar, las dos Legiones Romanas formarían en el centro con dos *alæ* desplegadas en sus flancos…" (Fieds, 2012, p. 14).

En cuanto al reclutamiento, este se realizaba mediante un proceso de selección denominado *dilectus*.

"Todos los ciudadanos entre 17 y 46 años de edad quienes satisficieran el criterio de propiedad – a saber, aquellos que tuvieran propiedades sobre el valor de 11000 *asses*, el mínimo requerido para enrolarse en Clase V – eran requeridos por el Senado para atender al *dilectus*, en el Capitolio…" (Fields, 2012, pág. 14). Entonces, "…ellos eran llevados adelante, cuatro cada vez, para ser seleccionados para servir en una de las cuatro legiones consulares que se llevaban cada año. Los tribunos júniores de cada legión elegían en turnos iguales la primera opción, para asegurar una distribución igual de experiencia y cualidad en las cuatro unidades. Los nuevos reclutas hacían un juramento de obediencia (*sacramentum dicere*), enlazándose en una forma especial con el Estado, su comandante y sus compañeros ciudadanos-soldados… (McNab, 2010, p. 31).

El final de la República Romana es definible a partir del periodo de guerras civiles que precedieron al nacimiento del imperio. "Tres veces consecutivas se elevaron hombres ambiciosos gracias a sus servicios militares; ganaron a los soldados y, dueños de numerosos ejércitos, se disputaron el poder: primero Mario y Sila, luego, Pompeyo y Cesar, y, finalmente, Antonio y Octavio" (Ducoudray, 1918. p. 151).

El primero de los hombres que tomaron parte en estas guerras civiles fue Gaius Marius (157-86 a. C.), quien además es usualmente reconocido por las reformas que permitieron organizar un Ejército de dimensiones y disponibilidad suficientes para emprender campañas militares mayores y llegar a dominar el mundo conocido (Europa, Oriente Cercano y Medio y el Norte de África) (Evans, 1994).

> No teniendo medios para proveer armas para ellos, estos ciudadanos eran listados en el censo, simplemente como los *capite censi*, las cabezas contadas… Así, de todas las reformas atribuidas a Marius, la apertura de los rangos a los *capitecensi* en 107 a. C., ha atraído la mayor tensión… Y así, Marius, un *homo novus* de una familia que nunca había antes… es acusado de pavimentar el camino para los así llamados desenfrenados, ambiciosos soldados cuyas actividades, se creyó, contribuyeron grandemente a la caída de la República unas pocas generaciones después. (McNab, 2010, p. 85).

Sin embargo, debe señalarse que Mario o Marius no fue el primero en abrir el Ejército a los *capite censi*. Durante las épocas de crisis, esta medida fue tomada en varias ocasiones. Quizás la más recordada sea la correspondiente a la destrucción del Ejército romano, por Aníbal en *Cannæ* (Jorgensen, 2009, p. 37).

Pero tal reforma estaría incompleta si tales soldados estuvieran obligados a armarse ellos mismos. Para estos, Mario previó que fueran equipados con fondos

del Estado "…bajo una legislación diseñada por Gaius Gracchus en el 123 a. C., según la cual, el Estado era responsable de equipar al soldado que pelea en su defensa" (McNab, 2010, p. 86).

Pero la idea de Mario no se limitó a ampliar la base de reclutados en Roma y equiparlos. "Por las leyes de emancipación de 90-89 a. C., el área de reclutamiento para los que podían servir en las legiones se extendió a toda Italia, al sur del Po. Por lo tanto, los *socii* desaparecieron y la distinción anterior entre *legio* y alejado…" (McNab, 2010, p. 86).

La última reforma que debe señalarse es la abolición del manípulo como unidad táctica en favor de la cohorte (*cohors-cohortis*). La suma de tres manípulos equivalía a una cohorte. Si bien, la maniobrabilidad de la legión fue eficiente para pelear contra los ejércitos griegos y su formación de falange, el enfrentamiento contra los galos y los celtas, su forma de lucha masiva hacía a los manípulos frágiles contra su fuerza, flexibilidad y el poder de su larga espada de doble filo.

"Así, la pequeña medida del manípulo era su mayor debilidad contra tal estilo de lucha y Marius decidió fortalecer su línea frontal de defensa, incrementando el tamaño de las unidades individuales…" (McNab, 2010, p. 87).

El resultado de un Ejército que no tenía asocio con la capacidad económica y donde el servicio no culminaba en un nuevo reclutamiento, fue la existencia de legiones permanentes y el desarrollo de una carrera militar, propiamente dicha. Fue el origen de un Ejército profesional, mejor entrenado, mejor seleccionado, mejor equipado, ahora dependiente de las necesidades militares y no del ingreso del soldado, y más comprometido. Este ejército sí podía enfrentar por tiempos prolongados, las tareas que implica el mantenimiento de un imperio.

La caída de la República Romana comienza con la Primera Guerra Civil (Kovaliov, 1989). En esta, Mario enfrentó a quien años antes, durante la guerra contra el rey Númida Yugurta, había sido su principal colaborador, Sila. El enfrentamiento inició por la pugna política por el control del Ejército que otorgaba el detentar el cargo de cónsul. Sila gana el apoyo del Senado y enfrenta a Mario, que se había hecho elegir por el pueblo. Mario obliga a Sila a abandonar Roma y a buscar el apoyo de sus legiones. "Con su fuerza él retornó a Italia y aplastó la facción popular que había ganado el control del gobierno en su ausencia… Sila fue nombrado *dictator* en el 82 a. C. Restauró al Senado el control del gobierno" (Boak y Anderson, 1944, p. 120). Era la primera vez que un Ejército romano entraba armado en Roma, contra las leyes y tradiciones que lo prohibían.

La segunda vez es más conocida. Corresponde con la Segunda Guerra Civil, que enfrentó a Pompeyo (Gnæus Pompeius Magnus) y a César (Caius Julius

Cæsar). Dos exitosos políticos y militares romanos que se vieron enfrentados por el control político de Roma. El primero, al igual que Sila, era de origen patricio. El segundo era sobrino de Mario, el reformador militar que antes se mencionó.

> En la noche del 10 de enero del 49 a. C, César, con una sola legión, cruzó el Rubicón, río fronterizo de Italia, y marchó donde Pompeyo solo tenía que posar su pie sobre la tierra y legiones armadas se formarían. Sorprendentemente, Pompeyo abandonó Italia y huyó a Epeiros (McNab, 2010, p. 124).

Era la segunda vez que un Ejército romano entraba en Roma, pero no sería la última. Durante el Imperio, fue evidente que la fuerza militar implicaba poder político y esto muestra cómo el Ejército romano no solo era una fuerza de defensa para Roma, sino también un elemento de política interna (Palanque, 1962).

La campaña contra Pompeyo culminó en la batalla de Pharsalus o Farsalia (Julio César, 1985, p. 270-275). En ella, la disciplina de ambas fuerzas fue notable, sin embargo, César superó tácticamente a Pompeyo y logró la victoria.

La muerte de César por una conjura política, trajo una nueva guerra por restablecer el orden y la creación de un nuevo triunvirato (Baker, 2009). "Esta vez formado por Gaius Octavius Thurinus (Octavio, luego Augustus), Marco Antonio y Marcus Æmilius Lepidus… Octavio y Marco Antonio lucharon juntos para derrotar las fuerzas de los asesinos de Cæsar, Marcus Junius Brutus y Gaius Cassius Longinus, quienes fueron eventualmente aplastados en la batalla de Philippi, en la Macedonia en el 42 a. C." (McNab, 2010, p. 128).

El compromiso, la disciplina y la fortaleza de las legiones romanas eran tan importantes en la guerra contra enemigos extranjeros, como lo era en las guerras internas. Esto fue mostrado en los campos de batalla de las guerras civiles. Al final, Marco Antonio y Octavio se enfrentaron, uno contra el otro, y en la batalla naval de Actium, en el 31 a. C, resultó victorioso el último. "Roma comenzó una nueva era bajo el poder inexpugnable de Augustus… El Ejército romano dio cara a nuevas fronteras de guerra, en tanto Roma comenzó un periodo de expansión imperial sin rival en su historia previa" (McNab, 2010, p. 139).

El Ejército imperial temprano, 27 AC-200 d. C.

Tras la victoria de Octavio en Actium, este inició un proceso destinado a remodelar el Ejército romano, para conformar una fuerza profesional permanente, constituida por 28 legiones.

> El nuevo controlador civil de Roma, el princeps Augustus, orgullosamente proclamó que él tuvo en tres ocasiones cerradas las puertas del Templo de Juno, acción que tradicionalmente conmemoraba la cesación de todas las hostilidades. El también previó y organizó la más sustancial expansión del territorio romano… Esta propaganda contrastante refleja las demandas de los líderes romanos. Por un lado, había el deseo de paz y estabilidad de parte de los habitantes civiles. Por el otro, había la expectativa del éxito militar alimentado en parte por la tradición histórica, en parte demandado por la existencia de una poderosa maquinaria militar, la cual no podría permanecer inactiva indefinidamente. (McNab, 2010, p. 142).

El periodo entre el año 31 a. C y el 43 d. C. constituyó la mayor expansión del Imperio romano. Octavio, desde entonces llamado Augustus (Augusto) llegó a ser el primer Emperador (Everitt, 2008); bajo su liderazgo, las legiones conquistaron el norte de España, toda Europa al sur del Danubio y Alemania al occidente del Elba, si bien, "solamente dirigió por sí mismo dos guerras exteriores: la de Dalmacia, en su juventud, y la de los cántabros, después de la derrota de Antonio" (Suetonio, 1945, p. 80). Los legionarios ejemplificaban la cultura heroica del mundo romano.

Pero la expansión no era todo el trabajo militar. De hecho, mantener unido un imperio tan basto requería un enorme esfuerzo militar. No tanto por una exigencia de protección de parte de las provincias. Más bien, por la necesidad de las mismas de ser subyugadas. Así,

> los cambios fronterizos, la importancia de la gloria militar y la preservación de la ley y el orden son todas consideraciones válidas, pero la ideología de paz romana era también importante: los Emperadores se creía que tenían un deber hacia los miembros civiles del Imperio o al menos su desempeño de este rol era un asunto el cual puede encontrarse en discursos de oración o extractos difamatorios. (McNab, 2010, p. 144).

Cuando Octavio ascendió al poder, en el año 30 a. C.

> …encontró quizás 60 legiones bajo su control. Inmediatamente, comenzó un programa de asentamiento masivo para los veteranos que cumplieron su tiempo, y en un tiempo de siete años redujo el número de legiones a 28, reteniendo especialmente las unidades formadas por Julius Cæsar y, como un símbolo de unidad, la más reconocida de las legiones de Antonio… Estas 28 legiones eran formaciones permanentes compuestas de profesionales de largo servicio. Como Augustus, él fue el primer líder en dejar claros términos de servicio, tasas de pago y pensión para el cumplimiento exitoso del servicio… nadie sino Augustus tenía el derecho de formar nuevas legiones y ellas dependían de él para su pago y debían su lealtad solamente a él. (McNab, 2010, p. 145-146).

El origen del legionario fue siendo modificado a través de los primeros siglos del Imperio. Con Augusto,

> Italia, especialmente las colonias del valle del Po eran el primer campo de reclutamiento para las legiones, para ser acompañadas por las colonias y otros asentamientos veteranos del sur de Galia y España; en el oriente griego parlante, donde las colonias eran menos, el reclutamiento de legionarios entre los provincianos comenzó bajo Augustus, con la ciudadanía, siendo la recompensa por enlistarse. (McNab, 2010, p. 147).

Esto implicó un número declinante de reclutas de Italia frente a otros territorios. La situación aumentó a partir de la prohibición hecha a los soldados en servicio de contraer *iustas nuptias* (matrimonio). Por supuesto, esto implicó que los hijos de los legionarios, normalmente eran ilegítimos. Esta situación implicaba que no fueran ciudadanos. La respuesta fue que muchos reclutados en las provincias lo hicieran para lograr, justamente, la ciudadanía que su ilegitimidad les había privado.

El pago, era bastante bueno:

> La paga de un legionario era razonable, 9 *aurei* (225 *denarii*) en el siglo I d. C. y 12 *aurei* en el siglo II d. C, una buena paga para un trabajador sin habilidad, especialmente, considerando que era paga regular. En adición, las tropas recibían botín ocasionalmente o donaciones, en accesiones entre Claudius (Emperador 41-54 d. C.) y Vespasiano (Emperador 69-79 d. C.) y de nuevo, consistentemente de Marcus Aurelius (Emperador 161-169 d. C.), algunas veces por servir en campañas, en particular cuando el botín era un poderoso aliciente y, ocasionalmente, como legado a la muerte de un Emperador… Al terminar servicio, los veteranos recibían 3000 *denarii* en el siglo I, lo cual fue incrementando a 5000 para el comienzo del siglo III, con una considerable asignación de tierra, como alternativa, donde la tierra estaba disponible. (McNab, 2010, p. 149).

El vínculo entre el Emperador y las legiones se veía fortalecido cuando varios emperadores habían participado en campaña y eran verdaderos comandantes militares. Los motines fueron escasos, no obstante, se castigaba con dureza la indisciplina, en especial, por comandantes estrictos. Los levantamientos estuvieron originados más en los generales que en la tropa.

El Ejército Imperial establecido por Augusto, en gran medida, basó su nomenclatura y tradiciones en el final de la República Romana, pero su diseño fue revolucionario. Augusto decidió cubrir todas las necesidades militares del Imperio en un Ejército profesional permanente.

Si bien, la idea era que un legionario fuera ciudadano romano, normalmente un voluntario seleccionado en el *dilectus*, las guerras civiles y las campañas

de conquista hicieron necesaria la conscripción y la oferta del beneficio de la ciudadanía romana para aquellos habitantes del Imperio, que originalmente no tenían tal cualidad.

En el año 23,

> Tiberius (Emperador 14-37) lamentó la falta de italianos adecuados para el reclutamiento, ofreciéndose a servir en las legiones y anunció su intención de dar una gira por las provincias con miras a dar la baja al gran número de veteranos elegibles y reponer las legiones por conscripción. El que tantos soldados fueran elegibles para ser dados de baja, sugiere que ellos habían sido reclutados en masivas levas más de 20 años antes. Similarmente, en el 65 d. C. la urgente necesidad de reponer el poder humano en las legiones de Illiria, después de las bajas, atrajo la atención del Emperador Nerón (54-68 d. C.), sugiriendo que los veteranos habían sido conscriptos en masa 25 años antes (el servicio había sido extendido) … (McNab, 2010, p. 151-152).

Así, el servicio militar llegó a ser una carrera: el servicio se prestaba por 25 años, de los cuales 16 se corrían en la guardia pretoriana y, en ocasiones, los hombres eran retenidos por más tiempo.

> A mediados del siglo I d. C., el servicio en las legiones estaba arreglado en 25 años, pero la práctica de dar la baja cada segundo año, en lugar de anualmente, significaba que cerca de la mitad de ellos servían por 26 años antes que la *honesta missio* (baja honorable) fuera otorgada. (Cowan, 2003, p. 10).

El entrenamiento inicial era fuerte, pero se esperaba que los reclutas, una vez integrados a las legiones, mantuvieran la disciplina de constante entrenamiento. Este era dirigido por los centuriones y los oficiales de las legiones.

Las legiones imperiales, gracias a la disciplina de sus legionarios y su compromiso, fueron la herramienta central del éxito de Roma como Imperio longevo (Connolly y Grau, 1981). La estructura de las *legionis Romæ* fueron el resultado de un proceso largo, que comenzó con las medidas de Servio Tulio, luego, Marcus Furius Camillus, luego, Gaius Marius y, finalmente, por Augustus, y marcaron el mundo romano. Fueron la base de la acción militar romana hasta el ascenso al poder de Septimius Severus en el 193 d. C.

Pero esa estructura, cada vez más profesional, demostró una forma de sociología militar en la que los privilegios del soldado, el vínculo con los derechos que otorga la ciudadanía, la forma de reclutamiento, siendo típicamente romanos, permiten afirmar la existencia de una sociología militar en los grandes reformadores del Ejército romano.

El Ejército imperial tardío, 200-696 d. C.

Al comienzo del siglo III d. C., el Ejército romano era una fuerza para ser reconocida. Controlaba vastos territorios y sostenía un enorme poder (el del Imperio romano) desde el sur de Escocia hasta el Sahara, desde Hispania hasta el Éufrates. Apenas doscientos años después, el poder del Imperio caía haciendo frente a problemas sucesivos que sus regentes no pudieron resolver (Whitby, 2002).

Entre el siglo III y VI, después de Cristo, las tradicionales legiones de infantería pesada fueron mermadas y remplazadas eventualmente por una fuerza de varias armas y nacionalidades, dominadas por caballería y el apoyo de tropas que lanzaban flechas y objetos. Sin embargo, a pesar de la tendencia hacia la caballería, las unidades pedestres permanecieron como la base del Ejército romano hasta ya adentrado el siglo V. Pero este soldado era muy diferente del legionario que lo precedió (MacDowall, 2008).

Los cambios para los soldados romanos de esta etapa final comenzaron con el ascenso al poder de Septimius Severus (Séptimo Severo), (Platnauer, 1965). Durante su reinado, las bajas llegaron a ser de ocurrencia anual y todos los legionarios servían por 26 años. (Cowan, 2003, p. 10).

En cuanto al pago, Septimius Severus fue el primer emperador en incrementar la paga militar desde Domiciano (81-96) (Birley, 1969). "El promedio anual básico de Domiciano fue 300 *denarii* de plata, pagados en cuatro instalamentos… al contrario de la mayoría de los habitantes del Imperio que vivían a un nivel de subsistencia, el soldado usualmente tenía dinero para mantener a su familia y comprar bienes de lujo o incluso esclavos…" (Cowan, 2003, p. 10).

El ocaso del Imperio romano vio una revolución en la manera de hacer la guerra. La infantería que había sido el brazo principal de los ejércitos mediterráneos desde los días del hoplita griego, fue superada y, así, remplazada gradualmente por un guerrero montado a caballo, cuya mayor expresión de combate fue la catafracta (Bouthoul, 1971, p. 104), antecedente antiguo de la caballería pesada de la Edad Media, en la que tanto el jinete como el caballo portaban armadura pesada. Este cambio no fue repentino y en los siglos III y IV, el papel de la caballería pasó de ser de apoyo a la infantería, principalmente, a ser el brazo móvil de la defensa del Imperio romano de Occidente en su última etapa.

Así las cosas, debe entenderse que

> desde mediados del siglo IV, la historia de Roma es un relato de dos mitades – Este y Oeste. En general, la mitad oriental del Imperio romano fue, para mediados del siglo IV d. C., económicamente más fuerte que el Occidente, y no

> hay evidencia real que indique que el soldado oriental ´griego´ fuera inferior al soldado ´romano´ occidental. (McNab, 2010, p. 254).

Esta realidad expresa la diferencia, mas no la superioridad, entre ambas mitades imperiales. En este sentido, hay que reconocer y comprender que las evoluciones y cambios de las instituciones militares romanas responden al medio en el cual ocurren.

Por esto, se puede afirmar que el Imperio romano cambió a través de los siglos y que ese cambio en la sociedad romana afectó al Ejército romano (Chevrier, 1962). Es lógico considerar que tales cambios hagan parte de las causas de la caída de tan basto y poderoso imperio (Palanque, 1962, p. 43). En especial, porque la vinculación al Ejército romano de hombres de regiones y provincias conquistadas en arrasadoras campañas, afectó la conformación del Ejército y la lealtad a Roma. Los patricios habían sido absorbidos por el crecimiento del imperio y desaparecieron y, con ellos, esa férrea lealtad con el pueblo romano. El Ejército de ciudadanos que llenó de gloria y poder al imperio había cambiado. Al final, un Ejército más influenciado por conceptos griegos helenísticos que propiamente romanos, también reflejaban la realidad transfronteriza germánica en Occidente e iraní en Oriente (McNab, 2010, p. 254).

Dicho lo anterior, es claro el aporte de las culturas clásicas a la construcción de los ejércitos modernos (Ames, 2003). El desarrollo de tácticas, la idea del servicio militar, la educación y formación de valores castrenses son algunos de los frutos de una época enmarcada en movilizaciones y conflictos militares. Así también, el otorgamiento de honores y la asociación con la realidad política son algunas de las variables que permiten hoy comprender la complejidad de las relaciones entre la sociedad civil y los estamentos militares. La solidez de uno y otro va de la mano. El Ejército romano fue definitivo para la creación de un imperio, así como la ausencia de apoyo a Aníbal marcó el final de Cartago. La simbiosis entre Ejército y sociedad fue la señal distintiva de Esparta y de la creación de la unidad que protegió a Grecia contra los persas. En el análisis de todas estas relaciones, la sociología militar juega un papel central, que permite una aproximación mayor a la comprensión del Ejército y su impacto en la historia.

Conclusión

La consolidación de la sociología militar, como subdisciplina de la sociología general, deriva de su interés específico, el cual desempeña un papel relevante en la organización social contemporánea y en la estabilidad de los Estados nación. Y es

que los ejércitos, en sus relaciones internas y en sus relaciones frente a la sociedad civil, presentan características muy diversas. La exigencia de disciplina, compromiso y liderazgo, entre muchas otras virtudes, implica que el ejercicio castrense se vea especialmente distinto a las relaciones propias del resto de la sociedad.

Referencias

Ames, C. (2003). Disciplina, racionalidad y militarismo romano. Claves para comprender elementos clásicos en la cultura latinoamericana. *Anos 90. Porto Alegre*, *17*, 23-33.

Álvarez, J. C. L. (2007). El fin de Aníbal: los últimos años del héroe de Cartago. *Historia y vida*, 468, 50-59.

Bermúdez, G. (2007). *Sociología de la guerra. Dos mundos en conflicto*. Bogotá: Ediciones Expresión.

Baker, S. (2009). *Roma: auge y caída de un imperio* (Vol. 136). Barcelona: Grupo Planeta.

Bardi, P. (1998). *Atlas del mundo clásico: Grecia y Roma en la antigüedad*. Madrid: Anaya.

Blázquez, J. M. (2000). *El Mediterráneo. Historia, arqueología, religión, arte.* Madrid: Editorial Cátedra.

Birley, E. (1969). Septimius Severus and the Roman army. *Epigraphische Studien*, 8, 63-82.

Boak, A. y Anderson, H. (1944). *World History. Vol. I.* (pp. 544). Washington: War Department.

Bohec, Y. (2004). *El Ejército romano*. Barcelona: Grupo Planeta.

Bosworth, A. B. (2001). *Conquest and Empire. The reign of Alexander the Great.* Cambridge: Cambridge University Press.

Bouthoul, G. (1971). *El fenómeno guerra.* (pp. 293). Barcelona: Plaza y Janes.

Bravo, G. (2008). *Historia del Mundo Antiguo*. Madrid, España: Alianza.

Cau, P. (s.f.) *Atlas ilustrado de batallas del mundo*. (pp. 262). Madrid. Susaeta.

Chevrier, G. (1962). Las relaciones entre el poder civil y el poder militar desde la caída del Imperio romano hasta el final del primer imperio. (pp. 45-84). En. Gral. A. Albord. (Eds.), *La defensa nacional*. Bogotá: Librería del Ejército.

Connolly, P. y Grau, J. F. (1981). *Las legiones romanas*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.

Cowan, R. (2003*). Imperial Roman Legionary AD 161-284.* Londres: Osprey Publishing.

Dirección de reclutamiento. (2010), *Evolución Histórica del Servicio de Reclutamiento*. Bogotá: FF. MM.

Ducoudray, G. (1918). *Compendio de historia general.* (pp. 558). Traducido por Mariano Urrabieta. París: Librería de Hachette.

Evans, R. J. (1994). *Gaius Marius: A Political Biography.* Pretoria, Suráfrica: Unisa Press

Everitt, A. (2008). *Augusto: el primer emperador*. Barcelona: Grupo Planeta.

Fields, N. (2011). *Early Roman Warrior 763-321 BC*. Londres: Osprey Publishing.

Fields, N. (2012). *Roman Republican Legionary 321-105 BC*. Londres: Osprey Publishing.

Fornis, C. (2003). *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*. Barcelona: Crítica.

Goldsworthy, A. (2005). *El Ejército romano.* Madrid: Ediciones Akal.

Guirand, F. (1959). *Larousse Encyclopedia of Mythology*. Londres: Batchworth Press Limited.

Hanson, V. D. (1998). *Warfare and agriculture in classical Greece*. California: University of California Press.

Hernández, N. (2009). *Historia Universal*. Bogotá: Esmic.

Hesíodo. (1999). *Poemas*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.

Hidalgo de la Vega, M. J., Sayas, J. J., y Roldán, J. M. (2008). *Historia de la Grecia Antigua*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Homero. (2001). *La Ilíada.* Madrid: Aguilar.
Jones, A. H. M. (1994). *Sparta*. United States: Barnes & Noble.
Jorgensen, C. (2009). *Grandes batallas. Conflictos decisivos que han conformado la historia*. Londres: Parragón.
Julio César. (1985). *Comentarios de la guerra de las Galias y de la guerra civil*. (pp. 365). Madrid. Sarpe.
Kinder, H. y Hilgemann, W. (1985). *Atlas Histórico Mundial.* Madrid: Istmo
Kovaliov, S. I. (1989). *Historia de Roma*. Madrid: Ediciones Akal.
MacDowall, S. (2008). *Late Roman Cavalry man AD 236-565*. Londres: Osprey Publishing.
Manfredi, V. M. (1999). *Aléxandros, el hijo del sueño*. Barcelona: Grijalbo.
McNab, C. (2010). *The Roman Army. The Greatest War Machine of the Ancient World.* Londres: Osprey Publishing.
Mira Guardiola, M. (2000). *Cartago contra Roma. Las guerras púnicas*. Málaga: Alderabán Ediciones.
Moseé, C. (1987) *Historia de una democracia: Atenas.* Madrid: Akal.
Navarro, F. J. (2013). *Alejandro Magno: héroe, líder y conquistador*. Madrid: Ediciones Rialp.
Nicolle, D. (Ed.). (2002). *A companion to medieval arms and armour*. Suffolk: Boydell Press.
Palanque, J. R. (1962). *Las relaciones entre el poder civil y el poder militar en la antigua Roma*. (pp. 33-43). En. Gral. Albord. A. *La defensa nacional*. Bogotá: Librería del Ejército.
Pérez Jiménez, A. (2013). Temístocles: un ateniense en la corte persa. *Figure d'Atene nelle opere di Plutarco*, 51-58.
Platnauer, M. (1965). *The life and reign of the emperor Lucius Septimus Severus*. USA: Hardpress.
Rey, A. (1961*). La madurez del pensamiento científico en Grecia.* México: Editorial Hispano Americana.
Robinson, P. (2006). *Military honour and the conduct of war: from ancient Greece to Iraq*. Nueva York: Routledge.
Suetonio. (1945). *Los doce césares*. Buenos Aires. Editorial Albatros.
Vernant, J. (2009). *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia.* Barcelona: Paidós.
Whitby, M. (2002). *Rome at War AD 293-696*. Londres: Osprey Publishing.